

ESPACIOS DE TERNURA

Tejiendo comunidad para cuidar la vida



CUADERNILLO PRÁCTICO PARA COMUNIDADES DE FE

Presentación

Después de un terremoto o de otras crisis sociales, ecológicas o políticas, las comunidades de fe suelen convertirse en lugares de refugio, oración, escucha y solidaridad. En medio del miedo, las pérdidas y la incertidumbre, muchas familias necesitan encontrar una presencia cercana y confiable que les ayude a sentirse acompañadas y a recuperar la esperanza. Sacerdotes, pastoras, pastores, religiosas, ministros y líderes laicos responden con generosidad: visitan a las familias, organizan ayudas, escuchan el dolor y acompañan a las niñas y los niños.

Sin embargo, frecuentemente esta responsabilidad suele quedar concentrada en pocas personas. Quienes sostienen a la comunidad también pueden sentirse cansados, preocupados y sobrepasados. Cuando el cuidado depende durante mucho tiempo de la entrega permanente de una pastora, un sacerdote, un pastor o un pequeño grupo de líderes, no solo se agotan quienes cuidan: también se debilita la vida comunitaria. El cansancio deja así de ser un problema individual y revela la necesidad de recuperar el cuidado como vocación de todo el cuerpo de Cristo.

Este cuadernillo parte de una convicción central de la fe cristiana: **seguir a Jesús es aprender a cuidar como él cuidó**. Jesús no llama a sus discípulos a realizar esta tarea en soledad, sino a formar una comunidad en la que el amor se hace cuidado mutuo. Su manera de acercarse a las personas revela la ternura de Dios: mira a quienes otros no ven, escucha sus clamores, recibe a la niñez, toca las heridas, confronta la violencia, comparte el pan, protege la dignidad y ofrece descanso a quienes están cansados.

Después de resucitar, Jesús pregunta a Pedro si lo ama y relaciona su respuesta con el cuidado de sus ovejas. El amor a Jesús se vuelve visible en el cuidado concreto de las personas. Pero las ovejas no pertenecen a Pedro y la responsabilidad no queda depositada únicamente sobre él. Pedro forma parte de una comunidad que recibe el Espíritu, comparte el pan y los bienes, reconoce diversos dones y procura que nadie quede abandonado. Cuidar el rebaño es una misión de toda la comunidad.

Por eso, un Espacio de Ternura no es solamente un salón, un programa o una actividad destinada a niñas y niños. Es una **red de relaciones seguras y confiables, inspirada en Jesús y sostenida por toda la comunidad de fe**, que acoge, acompaña y protege la vida en los momentos de adversidad. Puede hacerse realidad en el templo, la parroquia, la iglesia, la casa, la escuela, el albergue o debajo de un árbol. Lo que lo define no son sus paredes, sino las relaciones que allí se construyen.

Un Espacio de Ternura comienza cuando la comunidad reconoce que todas las personas se necesitan mutuamente y pone sus dones al servicio de la vida. Desde esa identidad compartida, coloca a la niñez en el centro, escucha su voz y permite que su dignidad reordene las prioridades. Teje redes de cuidado como el cesto que protegió a Moisés; permanece cerca de quienes atraviesan la noche, como Jesús pidió a sus amigos en Getsemaní; forma un círculo de protección incondicional que hace caer las piedras de la condena; y organiza sus responsabilidades para que el yugo sea compartido y el descanso sea posible.

La ternura cristiana es la fuerza del amor de Dios que se aproxima al sufrimiento, sostiene la vida vulnerable, interrumpe aquello que causa daño y abre caminos de esperanza. Se expresa en la oración y en la acción, en el consuelo y en la justicia, en la escucha de la niñez y en la manera como la comunidad sostiene a quienes cuidan. La ternura transforma el cuidado en una relación recíproca. No establece una división permanente entre quienes cuidan y quienes reciben cuidado. En distintos momentos, todas las personas pueden sostener y ser sostenidas. Por eso, la comunidad no espera que alguien llegue al límite o tenga que demostrar su agotamiento para acercarse. Permanece atenta, reconoce cuándo las cargas se han concentrado, moviliza sus dones, organiza relevos y construye tiempos comunitarios de descanso.

Este cuadernillo no pretende enseñar a cada persona a soportar mejor su carga ni responsabilizarla de conseguir individualmente el apoyo que necesita. Quiere acompañar a las comunidades de fe para que recuperen la fuerza espiritual de la solidaridad cristiana y organicen el cuidado como una responsabilidad común. La Iglesia es cuerpo de Cristo: cuando una parte se cansa, las demás se acercan y asumen su parte.

Para recorrer este camino, el cuadernillo propone seis prácticas comunitarias de ternura:

1. **Ser comunidad:** cuidar el rebaño entre todos.
2. **Centrar:** colocar a la niñez en el centro.
3. **Tejer:** construir el cesto comunitario que sostiene la vida.
4. **Permanecer:** velar con quienes atraviesan la noche.
5. **Proteger:** ofrecer una protección incondicional.
6. **Descansar:** compartir el yugo suave de Jesús.

Estas prácticas no constituyen una secuencia rígida. Se relacionan y alimentan mutuamente. Juntas expresan una manera de seguir a Jesús y de ser Iglesia en medio de la adversidad: una comunidad en la que la ternura se hace presencia, protección, solidaridad y cuidado compartido.

Nadie cuida en soledad. En una comunidad de ternura, el cuidado va y viene.

Objetivos del cuadernillo de Espacios de Ternura para la comunidad de fe

Este material ayudará a la comunidad de fe a:

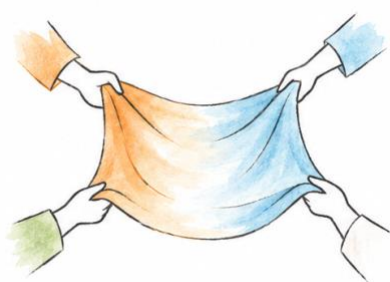
- Reconocer que el cuidado es una responsabilidad compartida.
- Colocar la dignidad y la voz de la niñez en el centro.
- Identificar personas, capacidades y recursos comunitarios.
- Escuchar y acompañar sin invadir ni juzgar.
- Reconocer situaciones que necesitan atención especializada.
- Distribuir las responsabilidades para prevenir el agotamiento.
- Incorporar el descanso como parte de la espiritualidad del cuidado.

No es necesario realizar todo de una vez. La comunidad puede trabajar un movimiento por encuentro, dedicando entre 60 y 90 minutos a cada uno.

Lista de Materiales

Práctica	Materiales para preparar
1. Ser comunidad	Una silueta grande de un cuerpo humano; una tarjeta por participante para anotar sus dones; tarjetas adicionales para las responsabilidades de cuidado; tres hojas grandes para clasificarlas; marcadores y cinta adhesiva.
2. Centrar	Una silla vacía; tarjetas con acciones que la comunidad realiza o desea realizar; hojas para el trabajo en grupos; bolígrafos o marcadores.
3. Tejer	Una hoja grande o papelógrafo para dibujar el cesto comunitario; marcadores de varios colores; cinta adhesiva para exhibirlo.
4. Presencia	Una silla vacía; una tela o manta; dos tarjetas por participante; bolígrafos o marcadores.
5. Proteger	Una tela; una tarjeta central con el mensaje de protección incondicional; varios papeles recortados en forma de piedra por participante; tarjetas de otro color para las acciones protectoras; bolígrafos o marcadores.
6. Descansar	Una cinta ancha; tarjetas con las cargas y tareas de la comunidad; tres hojas grandes para ordenar lo que se puede compartir, relevar o simplificar; marcadores.
Planificación Comunitaria	Formato para la planificación comunitaria, papelógrafos, bolígrafos y marcadores de 4 colores

SEIS PRÁCTICAS COMUNITARIAS DE TERNURA



SER COMUNIDAD



CENTRAR



TEJER



PRESENCIA



PROTEGER

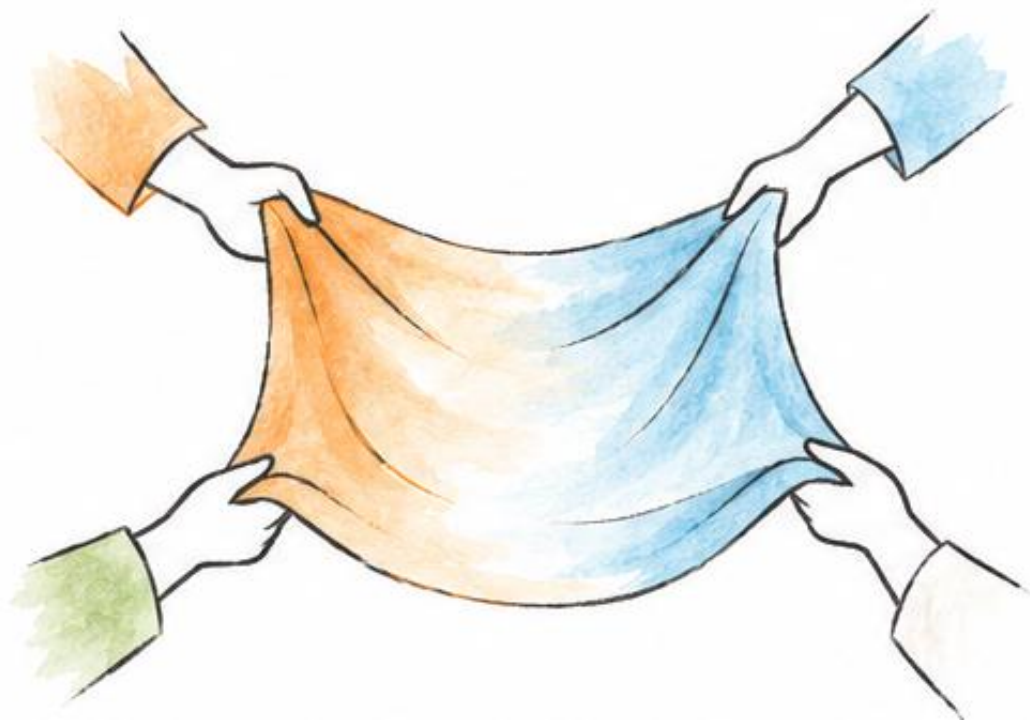


DESCANSAR

Son prácticas porque no se limitan a principios o ideas: describen cómo la comunidad se organiza concretamente para cuidar la vida.

N.º	Práctica comunitaria	Imagen bíblica	Cita bíblica
1	Ser comunidad: asumir juntos el cuidado como expresión del seguimiento de Jesús	Cuidamos el rebaño entre todos	Juan 21:15-17; Hechos 2:42-47; 1 Corintios 12:12-27
2	Centrar: colocar a la niñez en la vida y las decisiones de la comunidad	Jesús coloca a una niña o un niño en el centro	Marcos 9:33-37
3	Tejer: construir relaciones que sostienen y protegen la vida	El cesto de Moisés, sostenido por una red de mujeres	Éxodo 1:15-2:10
4	Permanecer: ofrecer una presencia comunitaria que acompaña y sostiene	La comunidad llamada a velar con Jesús	Mateo 26:36-46; Marcos 14:32-42; Lucas 22:39-46
5	Proteger: rodear cada vida con una protección incondicional	El círculo que deja caer las piedras	Juan 8:1-11
6	Descansar: compartir las cargas y cuidar los ritmos comunitarios	El yugo suave de Jesús	Mateo 11:28-30; Marcos 6:30-32

1. Práctica comunitaria de ternura: SER COMUNIDAD



Cuidamos el rebaño entre todos

Textos bíblicos: Juan 21:15-17; Hechos 2:42-47; 1 Corintios 12:12-27

Después de la muerte y resurrección de Jesús, Pedro regresa a la pesca. Lleva consigo el peso de haber negado tres veces a su Maestro. Jesús resucitado se acerca, prepara alimento para sus discípulos y comparte con ellos alrededor del fuego. Antes de pedirle a Pedro que cuide, Jesús le recibe, le alimenta y restaura la relación. El llamado al cuidado nace de una experiencia anterior: Pedro puede cuidar porque primero ha sido buscado, acogido y cuidado por Jesús.

Durante la conversación, Jesús pregunta tres veces a Pedro: “¿Me amas?”. Después de cada respuesta, le confía una misión: “Cuida de mis ovejas”. De este modo, Jesús vincula inseparablemente el amor hacia él con el cuidado de las personas. El amor cristiano no permanece únicamente en las palabras, las oraciones o las celebraciones. Se vuelve visible en la manera como acogemos, alimentamos, protegemos y acompañamos la vida.

Las ovejas no pertenecen a Pedro; Jesús las llama “mis ovejas”. Pedro recibe una responsabilidad, pero no se convierte en dueño de la comunidad ni en la única persona encargada de sostenerla. Él continúa formando parte del grupo de discípulos. Junto con ellos recibe el Espíritu Santo y participa en el nacimiento de una comunidad en la que las personas oran, comparten el pan, ponen sus recursos al servicio de las necesidades y procuran que nadie quede abandonado.

Por eso, el llamado de Jesús no puede interpretarse como una carga colocada exclusivamente sobre sacerdotes, pastoras, pastores o líderes. Toda la comunidad cristiana participa de su misión de cuidar. San Pablo utiliza la imagen del cuerpo de Cristo para explicar esta vida compartida: el cuerpo tiene muchos miembros, cada uno aporta algo necesario y ninguna parte puede decir a otra que no la necesita. Cuando un miembro sufre, todo el cuerpo es afectado; cuando recibe cuidado, toda la comunidad es fortalecida.

Ser comunidad significa reconocer que nos necesitamos unos a otros. Nadie posee por sí solo todos los dones, el tiempo, la sensibilidad o las capacidades necesarias para responder a las adversidades sociales, ecológicas y políticas. Una persona puede escuchar; otra sabe organizar; otra conoce a las familias; otra puede acompañar a la niñez; otra prepara alimento; otra conecta con servicios e instituciones; otra sostiene a la comunidad mediante la oración. La ternura circula cuando estos dones se encuentran y se ponen al servicio de la vida.

Esta colaboración no consiste solamente en repartir tareas para que la iglesia funcione con mayor eficiencia. Es una forma de vivir el Evangelio. Frente a una cultura que individualiza las responsabilidades y deja que cada persona resuelva sola sus necesidades, la comunidad cristiana afirma que la vida es un bien común y que el sufrimiento de una persona nos concierne a todos. Cuidarnos unos a otros es una expresión de solidaridad, pertenencia y fidelidad a Jesús.

Tampoco existe una división rígida entre quienes cuidan y quienes son cuidados. En diferentes momentos, todas las personas necesitamos sostener y ser sostenidas. Las niñas y los niños también participan de la vida comunitaria con su palabra, sensibilidad, alegría, preguntas y espiritualidad, aunque la responsabilidad de garantizar su protección corresponde a las personas adultas. Una comunidad de ternura reconoce los dones de cada integrante sin trasladar cargas que no le corresponden.

Cuando todo el cuidado recae sobre una pastora, un pastor, un sacerdote o un pequeño grupo de líderes, la comunidad deja de actuar como cuerpo. El agotamiento no es solamente una dificultad individual; puede revelar que los dones, las responsabilidades y las decisiones no están siendo compartidos. Recuperar la vida comunitaria implica acercarnos, reorganizarnos y asumir juntos aquello que durante demasiado tiempo ha sido sostenido por pocas personas.

La ternura de Jesús forma comunidad. Él reúne alrededor de la mesa, comparte el pan, restaura a quien había fallado y convierte el amor en una práctica concreta de cuidado. Seguirlo significa aprender a decir colectivamente: estas son las ovejas de Jesús y las cuidaremos entre todos. Somos comunidad cuando el amor a Jesús se hace cuidado mutuo y ninguna persona queda sola sosteniendo la vida.

Tres preguntas para ser comunidad

Se organizan tres grupos, cada uno dialogará sobre una de las preguntas y compartirán en plenaria sus reflexiones.

1. ¿Cómo se hace visible entre nosotros el cuidado de Jesús? Reconocemos las relaciones, prácticas y gestos mediante los cuales la comunidad escucha, alimenta, acompaña, protege y sostiene la vida.
2. En nuestra comunidad de fe, ¿sobre quiénes está recayendo actualmente la mayor responsabilidad de cuidado? Observamos si las responsabilidades están distribuidas o si sacerdotes, pastoras, pastores y algunas personas líderes están sosteniendo solas gran parte de las necesidades comunitarias.
3. ¿Qué dones y capacidades podemos poner en común? Reconocemos que cada persona puede aportar al cuidado y organizamos una colaboración que no dependa del esfuerzo permanente de unas pocas personas.

Actividad: Un solo cuerpo, muchos cuidados

Coloquen en el centro una imagen de la silueta de un cuerpo humano. Entreguen a cada participante una tarjeta y pídanle que escriba una capacidad, un conocimiento, una relación o un recurso que puede contribuir al cuidado comunitario. No se trata únicamente de identificar cargos o profesiones. También son dones saber escuchar, cocinar, acompañar, jugar, enseñar, visitar las familias y los enfermos, organizar, orar, conectar personas entre otras.

Cada participante coloca su tarjeta alrededor del cuerpo. Observen la diversidad de capacidades presentes y conversen:

- Cuando reconocemos los dones: descubrimos que la comunidad posee más capacidades de las que imaginábamos.
- Cuando conectamos los dones: el cuidado deja de depender de una sola persona.
- Cuando compartimos las responsabilidades: el cuerpo puede responder sin sacrificar a ninguno de sus miembros.
- Cuando un miembro se cansa: las demás personas se acercan y sostienen la tarea.

Después, escriban en otras tarjetas las principales responsabilidades de cuidado que actualmente existen en la comunidad. Organícenlas en tres grupos:

RESPONSABILIDADES COMPARTIDAS	RESPONSABILIDADES QUE NECESITAN RELEVO	RESPONSABILIDADES QUE REQUIEREN OTRAS REDES
Podemos asumirlas entre varias personas.	Necesitamos evitar que permanezcan concentradas.	Debemos articularnos con servicios, instituciones u organizaciones.

El grupo elige dos o tres responsabilidades que comenzará a reorganizar para asegurar una mayor participación comunitaria en el cuidado de la comunidad de fe. Para cada una define quiénes participarán, cómo se acompañarán y cuándo revisarán el acuerdo. Cada grupo presenta sus recomendaciones para la reorganización solidaria de los cuidados.

Compromiso: Reconoceremos y pondremos en común nuestros dones para que el cuidado sea una práctica de toda la comunidad. Reorganizaremos las responsabilidades concentradas, formaremos equipos y estableceremos relevos, procurando que ninguna persona quede sola sosteniendo aquello que corresponde a todo el cuerpo de Cristo.

En nuestras reuniones nos preguntaremos: ¿Cómo estamos cuidando juntos las vidas que Jesús ha confiado a nuestra comunidad?

Oración: *Jesús resucitado, tú recibiste a tus discípulos alrededor del fuego, compartiste el alimento y restauraste a Pedro antes de confiarle el cuidado de tus ovejas. Reúnenos también a nosotros y enséñanos a reconocernos como un solo cuerpo.*

Espíritu Santo, ayúdanos a descubrir los dones presentes en nuestra comunidad y a ponerlos al servicio de la vida. Líbranos de dejar el cuidado sobre los hombros de unas pocas personas. Que quienes acompañan también sean acompañados, que quienes sostienen también sean sostenidos y que ninguna niña, ningún niño ni ninguna familia atraviese la adversidad en soledad.

Haz que nuestro amor a Jesús se vuelva cuidado mutuo, solidaridad y ternura compartida. Amén.

2. Práctica comunitaria de ternura: CENTRAR



La niñez en el centro

Texto bíblico: Marcos 9:33-37

Mientras recorrían el camino, los discípulos discutían entre sí quién era el más importante. Al llegar a la casa, Jesús les pregunta de qué venían hablando. Ellos guardan silencio, quizá porque reconocen que su discusión estaba atravesada por el deseo de ocupar los primeros lugares. Jesús se sienta, llama a los Doce y les enseña que quien quiera ser el primero debe hacerse servidor de todos. Entonces coloca a una niña o un niño en medio, le recibe entre sus brazos y afirma que quien acoge a uno de estos pequeños en su nombre también le acoge a él y al Padre que le envió.

El gesto de Jesús transforma el centro de la comunidad. Allí donde los discípulos buscaban prestigio, jerarquía y reconocimiento, Jesús coloca una vida pequeña, frecuentemente ignorada por el poder. No se limita a hablar acerca de la niñez: llama a una niña o un niño, le acerca, le abraza y le concede un lugar visible entre sus seguidores. La ternura de Jesús se expresa en esta cercanía, pero también en el cuestionamiento de las relaciones que excluyen, silencian o subordinan. Su abrazo es afecto, reconocimiento y una toma de posición en favor de quienes tienen menos poder.

Poner a la niñez en el centro no significa convertirla en objeto de caridad, hablar en su nombre ni decidir por ella sin escucharla. Significa reconocer a cada niña y niño como persona creada

a imagen de Dios, portadora de dignidad, palabra, espiritualidad, saberes y capacidad de participación. También significa permitir que su presencia interroge las prioridades de la comunidad. Acoger a la niñez en el nombre de Jesús exige revisar cómo distribuimos los recursos, a quiénes escuchamos, qué riesgos toleramos y qué lugar tienen las niñas y los niños en nuestras celebraciones, decisiones y acciones comunitarias.

En momentos de adversidad social, ecológica o política, las necesidades de la niñez pueden quedar ocultas detrás de las urgencias adultas. Ante un terremoto, una inundación, el desplazamiento, la violencia social, la pobreza, la persecución o la ruptura de los vínculos comunitarios, es indispensable proteger la vivienda, la alimentación, la salud y la seguridad. Pero la vida de una niña o un niño no se reduce a sus necesidades materiales. También necesita comprender lo que está ocurriendo, expresar sus preguntas y emociones, jugar, aprender, participar, mantener vínculos significativos y encontrar personas adultas y comunidades en quienes pueda confiar.

Centrar a la niñez implica que la comunidad de fe aprende a mirar la adversidad desde su experiencia y no únicamente desde la perspectiva adulta. Se acerca con la ternura de Jesús, escucha sin apresurarse a corregir, reconoce las diferentes maneras en que cada niña o niño atraviesa lo vivido y crea condiciones para que su voz sea tomada en serio. No espera que la niñez se adapte silenciosamente a la crisis, sino que reorganiza sus prácticas para acompañarla y protegerla.

Cuando la comunidad coloca a la niñez en el centro, no la deja aislada allí. La rodea con relaciones seguras escucha a sus familias, fortalece los vínculos comunitarios y moviliza sus dones en favor de la vida. Así, el gesto de Jesús se prolonga en la Iglesia: recibir a una niña o un niño es recibir al propio Cristo y reconocer la presencia de Dios en la vida que necesita cuidado. **Centrar es permitir que la ternura de Jesús reordene a la comunidad y sus prioridades.**

Tres preguntas para ser comunidad

Se organizan tres grupos, cada uno dialogará sobre una de las preguntas y compartirán en plenaria sus reflexiones.

1. ¿Qué cambios han observado en las emociones, comportamientos y relaciones de las niñas y niños después del terremoto u otra adversidad?
2. ¿Qué formas de cuidado necesitan hoy las niñas y niños para recuperar la confianza, la esperanza y el sentido de pertenencia?
3. ¿Cómo pueden las comunidades de fe convertirse en espacios de ternura, seguridad y acompañamiento para las niñas y niños en tiempos de adversidad?

Actividad: La silla en el centro

Coloquen una silla vacía en el centro del grupo. La silla representa el lugar que las niñas y los niños deben tener en la vida de la comunidad de fe. Permanece vacía porque las personas adultas no pueden hablar en su nombre.

Preparen tarjetas con acciones que la comunidad realiza o desea realizar: visitas domiciliarias a familias, acompañamiento espiritual a las personas cuidadoras, espacios de recreación y juego, encuentros de oración y expresión espiritual, comedores comunitarios, acompañamiento a familias después de una adversidad, entre otras.

Formen grupos pequeños. Cada grupo elige **una acción** y escribe cómo se realiza actualmente. Luego conversa: ¿qué lugar tienen allí las niñas y los niños?, ¿pueden participar?, ¿se ha escuchado lo que piensan?

A partir de esa conversación, cada grupo propone **un cambio concreto**. Por ejemplo, en una visita domiciliaria se puede ofrecer a las niñas y los niños un momento para conversar, si así lo desean. En un comedor comunitario, se puede preparar con ellos un espacio de juego y escuchar sus ideas sobre cómo organizarlo.

Cada grupo coloca su propuesta junto a la silla y explica quién podría llevarla a cabo. También escribe qué necesita preguntar a las niñas y los niños antes de tomar la decisión. La comunidad elige una propuesta que pueda poner en práctica próximamente.

En nuestras reuniones nos preguntaremos: ¿Qué lugar han tenido las niñas y los niños en nuestras decisiones? ¿Qué cambiamos después de escucharles?

Compromiso: Conversaremos con las niñas y los niños sobre la propuesta elegida, ajustaremos la acción con sus aportes y acordaremos cuándo volveremos a escucharlos para saber cómo resultó.

***Oración:** Jesús, cuando tus discípulos discutían quién era el más importante, colocaste a una niña o un niño en medio y le acogiste en tus brazos. Reúnenos también a nosotros y enséñanos a reconocer en cada niña y cada niño una vida digna de escucha, respeto y cuidado.*

Espíritu Santo, abre nuestros oídos a sus palabras y preguntas. Ayúdanos a revisar nuestras decisiones, celebraciones y acciones para que la niñez tenga un lugar verdadero en la comunidad. Danos humildad para cambiar lo que hacemos después de escucharles y ternura para acompañarles junto a sus familias.

Haz de nuestra comunidad un lugar donde acoger a la niñez sea también acogerte a ti, Jesús. Amén.

3. Práctica comunitaria de ternura: TEJER



El cesto que sostiene la vida

Texto bíblico: Éxodo 1:15–2:10

El nacimiento de Moisés ocurre en un contexto de opresión política y peligro para la niñez. El faraón, temeroso del crecimiento del pueblo hebreo, ordena la muerte de los niños recién nacidos. Sin embargo, Sifrá y Puá, las parteras, desobedecen la orden porque temen a Dios y reconocen que proteger la vida está por encima de obedecer una disposición injusta. Su fe se convierte en una resistencia concreta frente al poder que amenaza a los más pequeños.

En medio de esta adversidad, la vida de Moisés no es protegida por una sola persona. Su madre, Jocabed, lo esconde mientras puede y después prepara cuidadosamente un cesto, lo recubre para protegerlo y lo coloca entre los juncos, a la orilla del río. Este gesto no representa abandono, sino una acción intencionada ante posibilidades extremadamente limitadas. El cesto se convierte en una pequeña morada de ternura: un espacio frágil preparado por unas manos que se niegan a entregar la vida a la muerte.

Pero el cesto no navega solo. Miriam, la hermana de Moisés, permanece cerca y observa a cierta distancia para saber qué sucederá. Su presencia es esencial: acompaña a su hermano en un espacio adverso y peligroso, mantiene la atención cuando no es posible intervenir directamente y está preparada para actuar en el momento oportuno. Cuando la hija del faraón encuentra al niño, Miriam se acerca con inteligencia y, propone buscar una mujer hebrea que pueda amamantarlo y logra reconectar al niño con su propia madre. Miriam no tiene el poder

del faraón ni los recursos de una persona adulta, pero posee sensibilidad, iniciativa y capacidad para vincular a quienes pueden proteger la vida. Su participación muestra que las niñas, los niños y adolescentes no son solamente receptores del cuidado; también pueden aportar a las redes comunitarias, sin que se les trasladen responsabilidades que corresponden a las personas adultas.

La hija del faraón completa esta red al sentir compasión por el niño y decidir protegerlo, aun sabiendo que pertenecía al pueblo amenazado por la orden de su propio padre. De esta manera, mujeres de distintas edades, posiciones sociales y pertenencias culturales se conectan alrededor de una vida vulnerable. Las parteras resisten, Jocabed prepara y confía, Miriam vigila y enlaza, y la hija del faraón acoge y utiliza su posición para proteger. **Ninguna realiza todo el cuidado, pero cada una aporta lo que tiene y actúa desde el lugar que ocupa.**

La ternura de Dios se hace visible en esta trama de relaciones. No aparece como una acción aislada o extraordinaria, sino como una fuerza que conecta personas, moviliza capacidades y desafía una política de muerte. Es una ternura firme: sabe observar, esperar, acercarse, resistir y actuar. La protección de Moisés surge de una solidaridad organizada que atraviesa fronteras de edad, pueblo y condición social.

El cesto es una imagen poderosa, pero no se sostiene por sí mismo. Alrededor de él existe una comunidad atenta que cuida aun en condiciones de amenaza e incertidumbre. De la misma manera, en contextos de adversidad social, ecológica o política, ningún sacerdote, pastor, pastora o líder puede responder en soledad a las necesidades de la niñez y de las familias. La comunidad de fe está llamada a tejer su propio cesto: conectar personas, reconocer capacidades, distribuir responsabilidades y construir alianzas que sostengan la vida.

Tejer es hacer visible la ternura de Dios mediante una red comunitaria en la que cada persona aporta al cuidado y nadie queda solo sosteniendo el cesto.

Tres preguntas para ser comunidad

Se organizan tres grupos, cada uno dialogará sobre una de las preguntas y compartirán en plenaria sus reflexiones.

1. ¿Quiénes forman hoy nuestra red de cuidado y acompañamiento en la comunidad de fe, y quiénes podrían estar quedando solos o desconectados?
2. ¿Quién está cuidando a quienes cuidan, acompañan y sirven a otras personas?
3. ¿Cómo podemos organizarnos como comunidad cuidadora para que, en tiempos de adversidad, nadie tenga que enfrentar las dificultades en soledad?

Actividad: Tejamos el cesto

Dibujen un cesto grande. En sus diferentes fibras escriban los nombres o funciones de quienes pueden participar en el cuidado:

- Niñas, niños y adolescentes.
- Familias y personas cuidadoras.

- Líderes de la comunidad de fe.
- Docentes y escuelas.
- Personal de salud.
- Organizaciones comunitarias.
- Equipos de protección de la niñez.
- Autoridades y servicios locales.
- Personas adultas de confianza.

Después, identifiquen:

- Fibras fuertes las pintan de azul: relaciones que ya funcionan.
- Fibras sueltas las pintan de verde: relaciones que necesitan fortalecerse.
- Vacíos y los pintan de amarillo: personas o servicios con los que todavía no existe conexión.

Herramienta: Directorio comunitario

Como grupo, identifiquen de tres a cinco acciones prioritarias para fortalecer su comunidad cuidadora y completen el directorio de redes, servicios y recursos disponibles para acompañar a niñas y niños, familias y cuidadores.

Necesidad de cuidado	Persona o servicio	Forma de contacto	Responsable de mantener el vínculo
Escucha y acompañamiento			
Salud			
Protección de la niñez			
Juegos y recreación			
Educación			
Fe y espiritualidad			
Apoyo material			
Atención especializada			

Comedor o dispensa comunitaria			
--------------------------------	--	--	--

Compromiso: Esta semana conectaremos con al menos dos personas o instituciones que puedan fortalecer nuestro cesto comunitario.

Oración: *Dios de la vida, cuando la niñez estaba amenazada, tejiste una red de cuidado por medio de Sifrá, Puá, la madre de Moisés, Miriam y la hija del faraón. Reúnenos también a nosotros y enséñanos a reconocer que la protección de cada niña y cada niño necesita de muchas personas que se acompañen y actúen juntas.*

Espíritu Santo, ayúdanos a fortalecer relaciones de confianza y solidaridad entre familias, comunidades de fe y quienes cuidan a la niñez. Enséñanos a compartir responsabilidades, a sostener a quienes cuidan y a construir caminos de protección para que ninguna niña, ningún niño ni ninguna familia queden sin acompañamiento.

Haz de nuestra comunidad una red donde la ternura vaya y venga, y donde cada persona aporte al cuidado y la protección de la vida. Amén.

4. Práctica comunitaria de ternura: PRESENCIA



Permanecer despiertos con Jesús

Textos bíblicos: Mateo 26:36-46; Marcos 14:32-42; Lucas 22:39-46

En Getsemaní, Jesús atraviesa uno de los momentos más difíciles de su vida. Sabe que se aproxima una amenaza y busca un lugar para encontrarse con el Padre en oración. Pero no decide atravesar aquella noche completamente solo. Llega acompañado por sus discípulos y pide a Pedro, Santiago y Juan que permanezcan cerca: “Quédense aquí y velen conmigo”.

Jesús, que había escuchado, alimentado, consolado y cuidado a tantas personas, también necesita ser acompañado. No oculta su tristeza ni se presenta ante sus amigos como alguien invulnerable. Les permite conocer lo que está viviendo y les pide algo que no requiere explicaciones ni soluciones: que permanezcan con él. Esta escena nos muestra que necesitar la presencia de otras personas no disminuye la autoridad, la espiritualidad ni la capacidad de cuidar. Incluso Jesús quiso sentir cerca de su comunidad en la hora de la adversidad.

Sin embargo, los discípulos se duermen. Están cerca físicamente, pero no consiguen ofrecer la presencia que Jesús les había pedido. El Evangelio deja al descubierto su fragilidad y nos permite reconocer lo que sucede cuando una comunidad no permanece atenta: quien ha sostenido a muchas personas puede quedar solo cuando también necesita ser sostenido. Las señales de cansancio y dolor pueden pasar inadvertidas, mientras las responsabilidades continúan acumulándose sobre los mismos hombros.

En el relato de Lucas, un ángel del cielo se hace presente y fortalece a Jesús. Dios no elimina la noche ni evita que Jesús atravesase aquel momento, pero le hace llegar una presencia que sostiene. Este gesto revela la ternura de Dios: una ternura que se aproxima permanece y fortalece cuando las fuerzas parecen disminuir. La presencia del ángel no justifica la ausencia de los discípulos; por el contrario, recuerda a la comunidad la vocación que no logró asumir: velar junto a quien sufría.

La presencia es una práctica espiritual y comunitaria. Consiste en permanecer cerca, con una atención serena y confiable, cuando otra persona atraviesa una experiencia difícil. No siempre podremos modificar inmediatamente lo que sucede, pero podemos contribuir a que nadie lo enfrente en soledad. Algunas veces la presencia se expresará mediante la escucha y la oración; otras, mediante un relevo, una comida compartida, una visita, una tarea asumida a tiempo o un silencio respetuoso.

Esta manera de permanecer se relaciona con aquello que Donald Winnicott denominó *holding* o **sostén**: la experiencia de contar con un ambiente humano suficientemente seguro, estable y confiable. Sostener no significa resolver la vida de la otra persona, controlarla ni exigirle que explique lo que siente. Significa construir las condiciones relacionales para que pueda respirar, recuperar confianza y continuar siendo ella misma en medio de la adversidad.

En una comunidad de fe, este sostén no debe recaer sobre una sola persona. Se convierte en una trama comunitaria tejida por muchas presencias: alguien escucha, otra persona prepara el alimento, otra asume una tarea, otra permanece atenta a la niñez, otra organiza el relevo y todas sostienen mediante la oración. La ternura circula dentro de la comunidad: quienes hoy cuidan también son cuidados y quienes sostienen también encuentran dónde descansar su propio peso.

Por eso, una comunidad que permanece no espera que sus líderes lleguen al límite o tengan que declarar que ya no pueden más. Aprende a reconocer su cansancio, observa cuándo las responsabilidades se concentran, se aproxima sin juzgar y organiza el sostén necesario. El sacerdote, la pastora, el pastor o la persona que lidera no está fuera del cuerpo de Cristo ni por encima de sus necesidades. Es una parte del cuerpo y, como toda parte, necesita de las demás.

Permanecer despiertos con Jesús significa cultivar una espiritualidad comunitaria sensible a quienes atraviesan la noche. Es mirar alrededor y preguntarnos quién está cuidando sin recibir cuidado, quién lleva demasiado tiempo sin relevo y qué podemos hacer para sostenerle. Así, la presencia deja de ser un gesto ocasional y se convierte en una forma de ser Iglesia.

La comunidad hace presente la ternura de Dios cuando permanece cerca, reconoce el cansancio y sostiene a quienes han sostenido a los demás.

Tres preguntas para permanecer

Se organizan tres grupos, cada uno dialogará sobre una de las preguntas y compartirán en plenaria sus reflexiones.

1. **¿Quiénes están sosteniendo actualmente el cuidado de la comunidad?** Reconocemos a las personas que escuchan, acompañan, organizan, visitan y responden ante las adversidades, prestando especial atención a quienes llevan demasiado tiempo acumulando responsabilidades.
2. **¿Quién está permaneciendo junto a quienes cuidan?** Observamos si nuestros sacerdotes, pastoras, pastores y líderes cuentan con una presencia comunitaria cercana, confiable y constante, o si están atravesando sus preocupaciones y cansancios en soledad.
3. **¿Cómo podemos sostenerles comunitariamente?** Organizamos presencias, tareas y relevos para que el acompañamiento no dependa de la disponibilidad ilimitada ni del esfuerzo permanente de unas pocas personas.

Actividad: No atravesar la noche en soledad

Coloquen en el centro una silla vacía y, junto a ella, una tela o manta. La silla representa a una persona de la comunidad que está atravesando una situación difícil mientras continúa cuidando a otras: una madre, un padre, una abuela, un líder, una maestra o alguien que acompaña a la niñez.

Recuerden que, en Getsemaní, Jesús no pidió a sus discípulos que resolvieran lo que estaba viviendo. Les pidió que permanecieran cerca y velaran con él. Sin embargo, mientras Jesús atravesaba su angustia, ellos no lograron acompañarlo.

Entreguen a cada participante dos tarjetas. En la primera, completen:

Quienes cuidan pueden sentirse solos cuando...

En la segunda, escriban:

Podemos permanecer a su lado mediante...

Cada persona lee su primera tarjeta y la coloca lejos de la silla. Después, cada persona lee su segunda tarjeta y la coloca alrededor de la silla, formando un círculo de presencia. Pueden aparecer acciones como escuchar sin apresurar, visitar, llevar alimento, acompañar una gestión, compartir una tarea, cuidar temporalmente a las niñas y los niños, orar juntos o mantener contacto durante la semana.

Conversen a partir de tres preguntas:

- ¿Quiénes están cuidando a otras personas y podrían estar atravesando su propia noche de Getsemaní?
- ¿Qué suele hacer nuestra comunidad cuando alguien se cansa, se angustia o necesita detenerse?
- ¿Qué presencia concreta podemos ofrecer sin invadir, juzgar ni exigir?

Finalmente, el grupo elige dos acciones de acompañamiento que pueda organizar durante las próximas semanas, procurando que quienes cuidan también sean cuidados y que nadie atraviese la adversidad en soledad.

Compromiso: Durante las próximas semanas revisaremos cómo están distribuidas las responsabilidades de cuidado. Organizaremos una presencia comunitaria y un sistema de relevos para que ningún sacerdote, pastora, pastor o líder permanezca solo sosteniendo las necesidades de la comunidad.

En cada reunión dedicaremos un momento a preguntarnos: **¿Quién está sosteniendo y quién está sosteniendo a quien sostiene?**

Oración: *Jesús de Getsemaní, tú conociste la tristeza y deseaste la cercanía de tus amigos. Enséñanos a permanecer despiertos junto a quienes atraviesan la noche. Perdónanos cuando el cansancio, la costumbre o la indiferencia no nos permiten reconocer el peso que otras personas llevan.*

Espíritu Santo, despierta nuestra sensibilidad y haz de nuestra comunidad una presencia confiable. Enséñanos a acercarnos, compartir las responsabilidades y organizar el relevo. Que quienes cuidan encuentren también una comunidad que les cuide, y que tu ternura circule entre nosotros como una fuerza que acompaña, sostiene y renueva. Amén.

5. Práctica comunitaria de ternura: PROTEGER



El círculo de protección incondicional

Texto bíblico: Juan 8:1-11

Una mujer es llevada ante Jesús y colocada en medio de un círculo que la acusa y amenaza. Quienes la rodean no buscan conocer su historia, escuchar su voz ni cuidar su vida. La exponen públicamente y utilizan su situación para poner a prueba a Jesús. Para ellos, lo que la mujer supuestamente hizo parece haber cancelado su dignidad y su derecho a ser protegida.

Jesús se niega a participar en esa lógica. No pregunta primero si la mujer merece ser defendida ni condiciona su protección a que demuestre su inocencia. Se coloca frente al círculo acusador, interrumpe la violencia y hace que las piedras caigan de las manos. Antes de hablar sobre cualquier responsabilidad, Jesús protege la vida.

La ternura de Jesús es incondicional porque reconoce una dignidad que ninguna conducta puede borrar. Esto no significa que para Jesús todas las acciones sean iguales o que aquello que causa daño deba ser ignorado. Significa que ninguna falta, error o desobediencia autoriza la violencia, la humillación, el abandono o la exposición pública. La protección es el punto de partida desde el cual posteriormente se puede escuchar, comprender, orientar, reparar y transformar.

Este principio es fundamental en el cuidado de la niñez. Una niña o un niño tiene derecho a ser protegido independientemente de lo que haya hecho o dejado de hacer. La protección no

depende de que se haya comportado bien, seguido una instrucción, contado lo ocurrido de manera ordenada o reaccionado como las personas adultas esperaban. Tampoco se pierde porque haya sentido miedo, permanecido en silencio, cambiado algún detalle de su relato o intentado proteger a una persona cercana.

Con frecuencia, las personas adultas preguntan primero qué hizo la niña o el niño, por qué estaba allí, por qué no habló antes o por qué desobedeció. Estas preguntas pueden colocar sobre la niñez la responsabilidad por el daño sufrido. Jesús nos enseña otro orden: **primero detenemos la amenaza, protegemos la vida y aseguramos una presencia confiable; después acompañamos los demás procesos con verdad, justicia y ternura.**

La protección incondicional tampoco significa ausencia de límites. Las niñas y los niños necesitan orientación, acuerdos y límites que cuiden su vida y la de otras personas. Pero esos límites nunca deben retirarles el afecto, la pertenencia ni la protección comunitaria. Cuando una conducta ha causado daño, la respuesta no debe ser abandonar, expulsar o humillar, sino detener el daño, asumir responsabilidades y buscar caminos educativos, de reparación y restauración.

Después de que las piedras han caído, Jesús habla directamente con la mujer. Ya no permite que otras personas definan su historia. Le devuelve la palabra y le abre la posibilidad de continuar su vida. Su protección no la encierra en aquello que ocurrió ni la deja marcada para siempre. La ternura protege también el porvenir: afirma que la persona es más que sus errores y que puede encontrar caminos nuevos.

Una comunidad de fe inspirada en Jesús forma un círculo de protección incondicional alrededor de la niñez. No es un círculo que encierra, controla o silencia, sino una red que resguarda la vida, detiene la violencia y permanece cerca. Dentro de este círculo, cada niña y niño debe saber:

No importa lo que haya sucedido: tu vida tiene dignidad, no estás solo y nuestra responsabilidad es protegerte.

Proteger con ternura significa responder sin humillar, escuchar sin culpabilizar y actuar sin abandonar. También implica tomar medidas responsables cuando existe una amenaza, activar las rutas correspondientes y sostener a la niña, al niño y a su familia durante el proceso. La protección no puede depender del juicio personal de un líder ni de la reputación de las personas involucradas: es un compromiso de toda la comunidad con la vida.

Jesús nos muestra que la protección antecede al juicio. Ante la amenaza, su primera acción es ponerse del lado de la vida y hacer caer las piedras. Esa es también la vocación de la comunidad de fe.

Proteger es rodear cada vida con la ternura incondicional de Jesús: una ternura que no pregunta primero si alguien merece ser cuidado, sino que detiene el daño, resguarda su dignidad y permanece a su lado.

Tres preguntas para proteger

Se organizan tres grupos, cada uno dialogará sobre una de las preguntas y compartirán en plenaria sus reflexiones.

1. ¿Estamos colocando condiciones para proteger a una niña o un niño? Revisamos si nuestra respuesta cambia según su conducta, su familia, su pertenencia a la comunidad, la claridad de su relato o las decisiones que haya tomado. La protección no es un premio por haberse comportado de la manera esperada.
2. ¿Qué piedras necesita dejar caer nuestra comunidad? Reconocemos palabras, juicios y prácticas que culpabilizan, humillan, exponen o hacen que la niñez tenga que demostrar que merece ser cuidada.
3. ¿Cómo garantizaremos una protección incondicional? Construimos acuerdos y responsabilidades para detener el daño, resguardar la dignidad y permanecer junto a cada niña o niño, independientemente de lo que haya hecho o dejado de hacer.

Actividad: El círculo que protege

Coloquen en el centro una tela y, sobre ella, una tarjeta con esta frase:

Toda niña y todo niño tiene dignidad y merece protección incondicional.

Entreguen a cada participante uno o varios papeles recortados en forma de piedra. Inviten al grupo a recordar expresiones que pueden escucharse cuando una niña o un niño atraviesa una situación difícil:

- “¿Por qué estaba allí?”
- “¿Por qué no obedeció?”
- “¿Por qué no habló antes?”
- “Seguramente hizo algo.”
- “Primero tenemos que saber si dice la verdad.”
- “Está causando problemas a la comunidad.”

No se mencionarán nombres ni situaciones reales que permitan identificar a una niña o un niño. Cada persona escribe en sus piedras de papel alguna condición, juicio o práctica que la comunidad necesita abandonar.

Lean nuevamente Juan 8:1-11 y guarden un momento de silencio. Después, quienes deseen pueden leer lo escrito y colocar las piedras fuera del círculo, como signo de que la comunidad renuncia a culpabilizar, condenar o condicionar la protección.

Luego, entreguen tarjetas de otro color. En ellas escriban acciones que formen un círculo protector alrededor de la niñez:

- Escuchamos sin culpabilizar.
- Detenemos la amenaza.
- Resguardamos la intimidad.
- Creemos que toda vida posee dignidad.
- Activamos las rutas de protección.
- Permanecemos cerca durante el proceso.
- Establecemos límites sin retirar el afecto.
- Compartimos comunitariamente la responsabilidad.

Coloquen estas tarjetas alrededor de la frase central hasta formar un círculo. Observen juntos la diferencia entre ambos círculos:

- El círculo acusador expone, interroga, condiciona y amenaza.
- El círculo de ternura escucha, resguarda, actúa y permanece.
- Jesús transforma el círculo porque detiene la violencia antes de considerar cualquier juicio sobre la conducta.

Finalmente, el grupo selecciona dos o tres acciones que necesita incorporar o fortalecer para que la protección incondicional se convierta en una práctica permanente.

Compromiso: Revisaremos nuestros acuerdos y prácticas para asegurar que la protección de la niñez nunca dependa de su conducta, de la reputación de su familia, de su pertenencia religiosa ni de que pueda explicar claramente lo sucedido.

Ante cualquier situación de amenaza, seguiremos este orden comunitario: Detener el daño, proteger la vida, escuchar sin culpabilizar, activar la ruta de protección y permanecer acompañando de cerca.

En nuestras reuniones nos preguntaremos: ¿Nuestra respuesta refleja el círculo acusador o la ternura protectora de Jesús?

Oración: *Jesús, que te colocaste entre la mujer y las piedras que amenazaban su vida, enséñanos a formar comunidades que protegen sin condiciones. Ayúdanos a dejar caer los juicios, las palabras y las prácticas que culpabilizan, humillan o abandonan.*

Espíritu Santo, danos sensibilidad para reconocer las amenazas, firmeza para detener el daño y sabiduría para actuar responsablemente. Que cada niña y cada niño encuentre entre nosotros un círculo de ternura que resguarde su dignidad, escuche su voz y permanezca cerca. Haznos una comunidad en la que la justicia proteja, la verdad libere y la ternura sostenga la vida. Amén.

6. Práctica comunitaria de ternura: DESCANSAR



El yugo suave de Jesús

Textos bíblicos: Mateo 11:28-30; Marcos 6:30-32

Jesús conoce el cansancio de las personas. Ve las cargas impuestas por la pobreza, la enfermedad, la exclusión, las exigencias religiosas y las relaciones injustas. Por eso, su invitación no se dirige a quienes tienen todo resuelto, sino a quienes están cansados y agobiados: “Vengan a mí [...] y yo les daré descanso”.

Jesús no cuestiona su cansancio ni les exige demostrar cuánto han trabajado. Tampoco les ofrece una técnica para resistir más. Los invita a acercarse y a aprender de él, que es manso y humilde de corazón. La mansedumbre de Jesús puede comprenderse como ternura: una manera de relacionarse que no aplasta, domina ni añade cargas, sino que acoge, sostiene y devuelve aliento.

La imagen del yugo permite comprender que Jesús no propone una vida sin responsabilidades. Invita a llevarlas de otra manera: junto a él y dentro de una comunidad que comparte el peso. Un yugo que aplasta aísla o destruye no puede llamarse yugo de Jesús. Su yugo es suave porque está marcado por la ternura, la justicia y la compañía.

En otro momento, cuando los discípulos regresan después de recorrer los pueblos, contar lo que habían hecho y atender a muchas personas, Jesús reconoce su cansancio. No les asigna inmediatamente una nueva misión. Les dice: “Vengan ustedes solos a un lugar apartado y descansen un poco”. Jesús cuida a quienes han estado cuidando. El descanso forma parte

del discipulado y de la misión; no es una recompensa concedida cuando ya no queda ninguna necesidad por atender.

Esta enseñanza es especialmente importante para sacerdotes, pastoras, pastores y líderes que acompañan a comunidades atravesadas por adversidades sociales, ecológicas o políticas. Cuando las necesidades son numerosas, puede instalarse la idea de que detenerse es abandonar a la comunidad. Sin embargo, si el cuidado depende de la disponibilidad permanente de unas pocas personas, la comunidad termina sosteniéndose sobre su agotamiento.

El cansancio no debe interpretarse automáticamente como falta de fe, debilidad o escaso compromiso. Puede revelar que alguien ha llevado durante demasiado tiempo responsabilidades que corresponden a todo el cuerpo de Cristo. Por eso, no basta con recomendarle que descanse. La comunidad necesita reorganizarse para que el descanso sea realmente posible: asumir tareas, establecer relevos, respetar tiempos, simplificar actividades y renunciar a aquello que no puede sostenerse.

Descansar es también una práctica de fe. Al detenernos, reconocemos que la obra de Dios no depende exclusivamente de nuestra actividad. La comunidad continúa cuidando porque sus integrantes permanecen vinculados, comparten los dones y confían unos en otros. Mientras algunas personas descansan, otras sostienen la presencia; después intercambian sus lugares. Así, el cuidado no se interrumpe y nadie queda convertido en una persona indispensable.

La ternura de Jesús libera a la comunidad de una espiritualidad basada en el sacrificio sin límites. Seguir a Jesús no significa desgastarse hasta quebrarse, sino aprender su forma mansa y humilde de cuidar. En una comunidad de ternura, el descanso no es una decisión privada ni un privilegio: es un ritmo comunitario que protege la vida.

Descansar es recibir la ternura de Jesús y organizar la comunidad para que nadie tenga que sostener continuamente aquello que corresponde a todo el cuerpo de Cristo.

Tres preguntas para descansar

Se organizan tres grupos, cada uno dialogará sobre una de las preguntas y compartirán en plenaria sus reflexiones.

1. ¿Quiénes llevan demasiado tiempo sosteniendo las cargas de la comunidad? Reconocemos dónde se han concentrado las responsabilidades y prestamos atención a quienes han debido permanecer disponibles sin pausas ni relevos suficientes.
2. ¿Qué debe reorganizar la comunidad para que puedan descansar? Revisamos tareas, horarios, expectativas y formas de liderazgo. El descanso no depende únicamente de que una persona decida detenerse, sino de que la comunidad cree las condiciones para hacerlo posible.

3. ¿Cómo podemos establecer un ritmo comunitario de cuidado y descanso? Organizamos equipos, relevos y pausas para que, mientras unas personas descansan, otras sostengan responsablemente la tarea.

Actividad: El yugo que no llevamos solos

Coloquen en el centro una cinta ancha o una tela alargada que represente el yugo. Sobre ella, distribuyan tarjetas con las principales cargas que sostiene la comunidad:

- Acompañar a las familias.
- Escuchar situaciones difíciles.
- Preparar celebraciones de la palabra.
- Fortalecimiento y acompañamiento espiritual
- Visitas domiciliarias a familias y a enfermos
- Cuidar a la niñez.
- Organizar ayudas.
- Coordinar voluntarios.
- Vincularse con instituciones.
- Responder ante situaciones urgentes.

Pidan a una sola persona que tome todos los extremos de la cinta y las tarjetas. Observen cómo las responsabilidades se acumulan y dificultan sostener el conjunto. No se busca medir cuánto puede soportar, sino hacer visible una forma de organización que concentra las cargas.

Después, varias personas se acercan y toman diferentes partes de la cinta. Distribuyan las tarjetas según los dones, funciones y posibilidades de la comunidad. Finalmente, permitan que cada participante pueda soltar su parte mientras otra persona ocupa temporalmente su lugar.

Conversen a partir de tres imágenes:

- El yugo que aplasta: las cargas se concentran y el cuidado depende del sacrificio de pocas personas.
- El yugo compartido: la comunidad distribuye responsabilidades y aprende a coordinarse.
- El yugo suave: existen relevos y cada persona puede detenerse sin que el cuidado desaparezca.

Organicen las tarjetas en tres grupos:

Podemos compartir	Necesitamos establecer relevos	Podemos suspender o simplificar
Responsabilidades que varias personas pueden asumir.	Tareas que requieren continuidad sin depender siempre de la misma persona.	Actividades que actualmente añaden cargas sin responder a una necesidad prioritaria.

El grupo selecciona dos o tres cambios que permitan construir un ritmo más humano y comunitario durante las próximas semanas.

Compromiso: Estableceremos un ritmo comunitario de cuidado y descanso. Revisaremos periódicamente la distribución de responsabilidades, organizaremos relevos y suspendemos o simplificaremos las actividades que estén produciendo una sobrecarga innecesaria.

No esperaremos que una persona llegue al agotamiento para actuar.

En cada reunión nos preguntaremos: ¿Qué necesita reorganizar la comunidad para que quienes cuidan puedan descansar?

Oración: *Jesús de corazón manso y humilde, tú recibes a quienes están cansados y no añades nuevas cargas sobre sus hombros. Enséñanos a vivir bajo tu yugo suave y a cuidar con tu ternura.*

Espíritu Santo, ayúdanos a reconocer cuando las responsabilidades se concentran y danos sabiduría para reorganizar nuestra vida comunitaria. Que quienes han sostenido a otras personas encuentren una comunidad dispuesta a sostenerles. Enséñanos a compartir las cargas, respetar los tiempos de descanso y confiar en que tu obra continúa entre nosotros.

Haz de nuestra comunidad un lugar donde cuidar no signifique quebrarse y donde descansar sea también una forma de vivir la fe. Amén.

Nuestro plan comunitario de ternura

Al finalizar las seis prácticas, completen juntos este plan para fortalecer los espacios de ternura en la comunidad de fe.

Planificación comunitaria de los Espacios de Ternura

Comunidad de fe: _____ Lugar: _____

Fecha de elaboración: _____ Fecha de revisión: _____

Práctica de ternura	¿Qué necesita fortalecer nuestra comunidad?	Acción concreta acordada	Personas o equipo responsable	Colaboraciones necesarias	¿Cuándo comenzamos?	¿Cuándo revisamos?
SER COMUNIDAD - compartir el cuidado						
CENTRAR - escuchar y tomar en cuenta a la niñez						
TEJER -fortalecer la red que sostiene a las familias						
PRESENCIA - acompañar también a quienes cuidan						
PROTEGER: - resguardar a la niñez sin condiciones						
DESCANSAR- distribuir tareas y organizar relevos						

Tres criterios para elegir las acciones

Cada acción debe ser:

- Protectora: resguarda la vida, la dignidad y la participación de la niñez.
- Comunitaria: conecta a varias personas y evita concentrar las responsabilidades.
- Sostenible: puede mantenerse mediante acuerdos, ritmos y relevos que no agoten a quienes participan.

Evaluación comunitaria

Después de algunas semanas, la comunidad puede conversar:

1. ¿El cuidado se entiende como una expresión del seguimiento de Jesús y una responsabilidad de toda la comunidad?
2. ¿Las niñas y los niños son escuchados y participan en las decisiones que afectan su vida?
3. ¿Las familias cuentan con una red comunitaria cercana y confiable?
4. ¿La comunidad permanece presente después de los primeros momentos de adversidad?
5. ¿La protección de la niñez es incondicional y no depende de su conducta, historia o pertenencia?
6. ¿Conocemos y aplicamos responsablemente las rutas de protección?
7. ¿Las responsabilidades se encuentran distribuidas entre diferentes personas y equipos?
8. ¿Quiénes cuidan cuentan con relevos y tiempos comunitariamente protegidos para descansar?
9. ¿Qué necesita ser fortalecido o reorganizado?

La evaluación no busca calificar ni comparar a la comunidad. Es un momento para orar, reconocer lo aprendido y discernir juntos cómo continuar encarnando la ternura de Jesús.